

La muerte horaria (extracto gratuito)

Diego Corzón Pereira



Capítulo 1

****AVISOS****

☐ Esta novela está completa y disponible en AMAZON en TAPA BLANDA y EBOOK. Aquí podréis leer la primera parte entera.



□□ A pesar de reeditarla recientemente, es la primera novela que he escrito. La finalicé más de una década atrás y ha dormido en un cajón digitalmente hablando hasta el día de hoy.

Espero que la disfrutéis.

Capítulo 2

PRÓLOGO



Orwell se enfundó los vaqueros y se deslizó por la barra metálica al piso de abajo. Afuera, el silencio compacto de la noche era traicionado por los zumbidos de los semáforos en los pasos peatonales, advirtiendo a unos transeúntes ausentes. Cruzó el estudio inundado, chapoteando a cada paso y esquivando las esculturas. Supo que no volvería a disfrutar de la compañía de sus grotescas obras y le invadió la melancolía. Terminó de vestirse, levantó una de las chapas de aluminio de la pared y cogió una vieja bandolera que había colgada detrás. La abrió, comprobando su contenido. «Todo en su sitio» pensó, y se la cargó al hombro.

Ascendió por el túnel que comunicaba con la superficie. Ahora se encontraba en el interior de aquel local tan familiar para él. La compuerta emitió un sonido lúgubre al cerrarse a sus espaldas. Tomó asiento en la silla que había junto al mostrador para calzarse las playeras. Le dedicó una mirada al género de la tienda y comenzó a revolver entre los colgadores. Cuando encontró lo que buscaba, lo guardó todo en la bandolera. Volvió al mostrador y desbloqueó un panel secreto que escondía una caja acorazada. Introdujo la clave de la caja rotando las

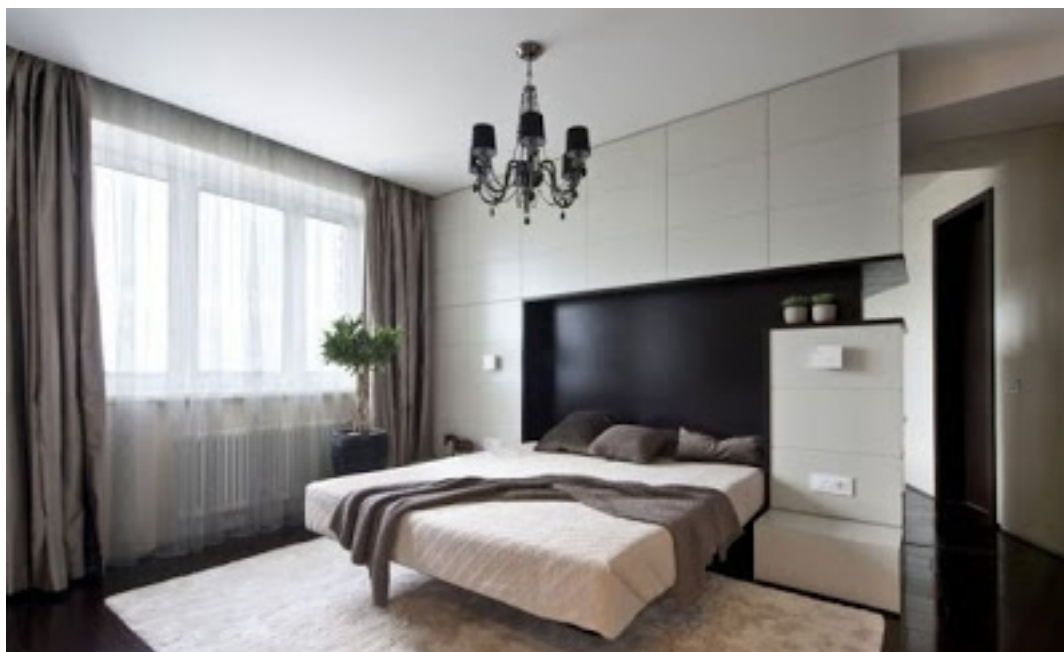
esferas de colores de la cerradura. Tardó treinta segundos. En el compartimento mullido del interior descansaba un solo objeto, un cilindro de diez centímetros de largo y tres de diámetro con un pivote horizontal en el extremo, él lo consideraba un talismán. En la superficie corroída por el tiempo una inscripción rezaba, «El Vindico». Lo introdujo en el bolsillo de sus pantalones. Observó por última vez los ropajes del escaparate, que nunca volverían a engalanar sus esculturas. «Cuídate mucho, Mamá L», susurró, y cerró la tienda con su copia de la llave.

Si lo veían por las calles a esas horas de la noche lo detendrían. «Y eso no puede suceder... todavía». El toque de queda era una de las *salvaguardas estatales*, aprobadas a golpe de Decreto por Consenso con la conveniencia de la Ciudadanía. «Nuestros hogares más seguros», pensó con amargura. La única fuente de luz, naranja y tenue, provenía de los faros de emergencia adosados a los edificios y de la pantalla del comunicador móvil que todavía sujetaba. El mensaje que lo había sacado de la cama y expulsado de su vida era un mensaje encriptado que parpadeaba una y otra vez, en bucle. Constaba de una sola frase: «Van a por ti».

No correría, ¿para qué?, no hacía falta. Nadie lo encontraría si él no quería. Llevaba mucho tiempo preparándose para aquel momento. Detuvo su avance un instante y contempló un cartel expuesto en una parada de Urbano, anunciaba el último número de la revista femenina «Ordalía». «*La excentricidad nos mantiene en guardia: Orwell Warden, ¿visionario o loco hedonista? Uno de los cinco hombres del año en exclusiva para Ordalía*». Sonrió con tristeza. «Preludios —pensó—, ahora llega el clímax». Apretando con fuerza el talismán, bajó la escalinata en dirección al paso subterráneo.

Capítulo 3

PRIMERA PARTE: CAPÍTULO 1



Brandigan Zambrano abrió los ojos, sentía sus párpados pesados como losas. La luz rosada que se filtraba por las persianas acuchillaba las paredes y las motas de polvo formaban perezosos remolinos en el aire. La resaca lo cabalgaba con espuela de acero y notaba el cuerpo hecho de una pasta densa. A pesar del dolor de cabeza, empezó a reubicar los expedientes que alfombraban el suelo del dormitorio en el archivador situado junto a la ventana y a doblar la ropa del día anterior para meterla en el armario. No estaba acostumbrado aún a las noches de ausencia ética, pero el alcohol ahuyentaba *aquello*, y Zambrano pronto adquirió la costumbre de tomar un trago al final de cada jornada.

Supuso que Boaraz ordenaría aquel antro como cada mañana y lo agasajaría con una regañina. «Esto no me sucedía antes», pensó Zambrano siempre tan estricto con el orden en su rutina diaria. Boaraz pecaba de bocazas, sin embargo, en aquellos momentos de su vida, la labor del muchacho resultaba inestimable. Zambrano lo consideraba el mejor asistente del hogar que podría existir. «Y eso es mucho decir», pensaba mientras se desnudaba. «Sobre todo cuando uno trabaja para un patrón quisquilloso, cuadriculado y majara». Al menos, Zambrano era un patrón ausente, la mayor parte del tiempo.

Activó el sensor de la ducha y dio la orden al panel domótico para que abriera la persiana. La luz matinal inundó la habitación. Zambrano apoyó la cabeza contra los azulejos, dejando que el caudal de agua le recorriera el cuerpo. Los rayos del sol culebreaban a través de la mampara de la

ducha, atravesando las gotas de agua y formando un mosaico de colores en la pared del baño.

El día sería largo. Hoy le tocaba finalizar todo el papeleo pendiente en cuanto llegara a la central. Ya llevaba dos meses intentándolo y siempre lo interrumpían con algún caso nuevo. Sus antiguos compañeros se impacientaban. Cambiar de departamento significaba dejarles a sus sucesores el camino lo más allanado posible para que su marcha no causase molestias.

La idea de trabajar en Homicidios aún le resultaba extraña. Apenas había acumulado méritos en el departamento de Estafa y Contrabando, y menos para que admitiesen la solicitud que había cursado en un arranque de valentía. Incluso tras diez semanas en el departamento y dos casos resueltos con éxito, seguía sin asumirlo. Terminó de asearse, apagó la ducha y tanteó la pared en busca de la toalla. «Te has estrenado bien —le había dicho su nueva compañera—, antaño Homicidios tenía fama de ser un departamento tranquilo». «Antaño», pensó Zambrano.

Resolvería todos los trámites pendientes con urgencia, pues la semana pasada les habían asignado un nuevo caso, uno importante. Los anteriores agentes encargados de dicho caso fueron reclutados por la Delegación de Inmigración para representar a la Protección Armada del Régimen (P.A.R.) en las Colonias. «Ustedes seguirán donde ellos lo han dejado», fueron las palabras del intendente. «Y apenas tuve tiempo de examinar los expedientes», pensó Zambrano mientras se secaba.

Dobló dos veces la toalla para que quedara cuadrangular, no rectangular. Observó su rostro en el espejo del lavabo, un rostro blanquecino, más cadavérico cada día que pasaba, abotonado con un par de ojos color moho. Acarició sus mejillas imberbes, más propias de un infante que de un hombre a las puertas de la cuarentena, y arrugó la nariz estrecha y apretada. Sus rasgos siempre cordiales, contrastaban con la cabeza rapada propia de los agentes de la P.A.R., «que, sintiéndolo mucho, me da cierto aire de ex convicto», reconoció. ¿Y su cuerpo?, antes lucía tonificado, ahora más bien enjuto. Suspiró y rumió su propia saliva, con resaca o sin ella, sentía la boca pastosa y eso no desaparecería ni con el cepillo de dientes.

Tardó veinte minutos en elegir la ropa, no en vano se levantaba media hora antes de lo recomendable para su ritual estilístico. Aquel día eligió unos pantalones de algodón negros con zapatos a juego, camisa y corbata de tonos violetas, chaleco de punto y sombrero de ala estrecha. «Eso es. Un borracho con clase».

Zambrano nunca desayunaba en casa porque comer muy temprano le provocaba náuseas, pero entró en la cocina para comprobar si su sobrino estaba desayunando, o si, por el contrario, se le habían pegado las

sábanas. En la última semana de clases debía ir al Gnódromo, al centro de gestión educativa, a informarse sobre las posibles asociaciones estudiantiles, o logias, como se les denominaban.

Su sobrino Roald cabeceaba encorvado sobre la encimera de la cocina, en silencio, delante del tazón de cereales con sus estereófonos puestos. Tenían forma circular, luces titilantes y retumbaban en los oídos del muchacho de una forma poco saludable. El padre de Roald le regaló sus primeros estereófonos diez años atrás, Roald nunca salía de casa sin ellos, hasta que al final, debido a una avería, los cambió por otros más modernos. Él mismo los había optimizado, era un genio para la electrónica. De hecho, era un genio para todo lo que despertara su interés, cosa que no era habitual.

Le observó rumiar una cucharada de avena con desgana, icualquiera diría que él y su sobrino compartían genes! Roald llevaba unos pantalones deportivos anchos, playeras de algodón y camiseta sin mangas. Su pelo enmarañado clamaba por un peine. «¡Qué desaliño!», pensó Zambrano sin reprimir una sonrisa, «de tal palo tal astilla». Le vino a la memoria las pintas que su difunto hermano tenía cuando atravesaba la adolescencia.

Tocó el hombro de Roald.

—¿Quieres que te prepare unos huevos?

Roald bajó los auriculares.

—Hola... ¿Qué?

—¡Unos huevos!

—No, con los cereales me basta. Gracias.

Zambrano suspiró. Su sobrino llevaba bajo su custodia los últimos tres años desde la muerte del padre y Zambrano intentaba ser una buena figura paterna para él. Acaba de terminar la educación superior y, después del asueto estival, tocaba elegir una rama universitaria de preparatoria en una de las Delegaciones. Una logia debía apoyar el ingreso, a ser posible, la logia más recomendable y mejor considerada. Roald no había escogido una rama aún y eso preocupaba a Zambrano. A veces, el chaval, encarnaba al mismísimo hastío. Roald se sentía perdido, no cabía duda, «y él es mi responsabilidad», pensó Zambrano. Su hermano Rutger hubiera querido que su hijo entrara en una buena logia y que perteneciera al cuerpo interno de alguna Delegación. Quizá a la Delegación de Inmigración, como su padre. «Lo intento, hermano, de verás», pensó Zambrano como tantas otras veces.

Se inclinó frente a Roald.

—Has de desayunar algo más nutritivo, o sufrirás desmayos. —La verdad es que hacía tiempo que ya no sufría aquellas pérdidas de conocimiento; «bastante tiempo, gracias al Pancratos», aun así, quería dejar clara su postura. Nunca se sabía cuándo podrían volver. Por eso, tampoco le gustaba que Roald hiciera eso de columpiarse por las farolas y los tejados, no cansaba de decírselo. Por desgracia, la expresión "terminantemente prohibido" no significaba nada para su sobrino.

—Sabes que ya no sufro desmayos —le tranquilizó Roald—. ¡Y cumplo veinte años, tío Bran!, no necesito que me prepares panecillos y me sirvas zumo de naranja todas las mañanas.

—Te recuerdo que con veinte no eres aún mayor de edad. —Zambrano gesticuló con comicidad sin suavizar el tono—. Y que, como tutor tuyo, tengo la prerrogativa de incrustarte un embudo en la epiglotis y decantar litros de zumo directamente en tu estómago.

—Lo que tú digas. —Aquello sonó a resignación.

—Te prepararé unos huevos, lo quieras o no, que para eso estoy.

Una voz llegó desde la despensa:

—Más bien, para eso estoy yo. —Allí, contrastando con la blancura aséptica de la cocina, estaba Boaraz. De ojos rasgados y piel de cobre, lucía unos tejanos y una camisa a cuadros y, en esos momentos, anudaba su delantal. Era algo más joven que Zambrano y adoraba su trabajo.

—Hoy has llegado temprano —dijo Zambrano.

—He pasado por la confitería y he traído una bolsa de dulces, para celebrar el fin de curso. —Miró a Roald con complicidad. Había buena química entre ellos—. Y ahora, imarchando un par de tortillas de huevo con piña!

—¿Con piña?

Boaraz sacó una piña de la bolsa del multimercado, la peló a una velocidad de vértigo y la troceó. El artista circense más servicial de la historia.

—No querría verte utilizar esos cuchillos en situaciones desfavorables —confesó Zambrano.

—Deberías verme en los saldos. —Boaraz rio.

Roald escuchó esto último y resopló.

—Yo, a estas horas, la verdad, no me encuentro muy hambriento —alegó Zambrano.

—¡He dicho dos tortillas!, esta vez no te irás de casa sin probar bocado. No me gusta nada esa tendencia tuya al ayuno. —Boaraz zarandeó el arma culinaria amenazante—. Dando la batalla por perdida, Zambrano asintió con media sonrisa y tomó asiento sin dejar de observar a su desastrado sobrino. Sabía que sus pensamientos divagaban lejos, en algún lugar inaccesible para él. Zambrano estaba acostumbrado, pero al menos, en el pasado, le tendía algún puente. Por supuesto, a pesar de la patente lejanía, Zambrano conocía bien al muchacho, lo había visto crecer. Aun así, Roald era muy reservado y eso no facilitaba las cosas.

«Si Rutger siguiera entre nosotros, sabría qué hacer...», pensó, al igual que tantas otras veces. Roald había sufrido la desaparición y muerte de su madre a los diez años, algo traumático para él. «Y tú la seguiste siete años después, Rutger, lo dejasteis solo. Yo no me veo capaz de sustituir a una familia entera».

Una voz ajena irrumpió en sus pensamientos: «¡excusa!, ¡una patética excusa! ¡No te parapetes en tu sufrimiento para no aceptar responsabilidades!», escuchó. «Es miedo, ¡huyes!, ¡siempre acabas huyendo!». Zambrano clavó las uñas en la encimera. Aquí estaba, uno de los efectos secundarios de locura suya, la Voz en su cabeza. Una sombra desvaída cruzó su visión, Zambrano miró de reojo. «Sí, ¿las ves? ¡Claro que las ves!» le torturó la Voz. «Son cuerdas, ¡cuerdas que nos atan a todos! Somos tan predecibles...». «¡Calla!», gritó para sí Zambrano, y la Voz calló.

Un pitido rompió la vorágine. Boaraz y Roald hablaban de forma calmada mientras Boaraz cocinaba, sin percatarse de nada. El pitido otra vez, provenía del busca. Lo miró. Aquel día tampoco terminaría el papeleo.

Se levantó intentando recomponerse.

—Cambio de planes, he de irme ya —anunció.

—La tortilla... —dijo Boaraz.

—No hay tiempo.

—¿Algún incendio que apagar? —Boaraz le guiñó un ojo a Roald.

—No, no se trata de ningún incendio, sino de un asesinato.

Capítulo 4

PRIMERA PARTE: CAPÍTULO 2



Zambrano marcó en el asistente de viaje la dirección. Instituto Técnico de Comunicación para el Consenso. El monoplaza se incorporó al tráfico. El CO2 —o Comunicación para el Consenso— era el órgano del Estado encargado de transmitir las decisiones y propuestas del Gobierno a los ciudadanos y las elecciones de los ciudadanos al Gobierno. La víctima trabajaba allí. ¿Quién pondría en el punto de mira a un alto cargo del CO2?, ¿era consciente del riesgo?

Mediante el CO2, la ciudadanía apoyaba o vetaba los decretos del Consejo de Delegaciones. ¿Qué sucedía una revuelta callejera?, no tardaba ni un par de horas en salir en los noticiarios. Acto seguido, emitían casos similares acontecidos en otras islas del Archipiélago y, entonces, el Consejo de Delegaciones, en menos de veinticuatro horas, redactaba un decreto que semejaba la panacea tras la ola de pánico desatada por la programación de las telestaciones. «El Gobierno, una vez más, actúa con presteza», leía en los diarios día tras día. La propuesta llegaba a los comunicadores personales de la gente que hacían las veces de terminales de votación. El mensaje resultaba claro: «ha surgido un problema, estamos preocupados y proponemos una solución, ¿te interesa?».

Ayer mismo se había efectuado una votación referente al régimen agrario. Como siempre el Si obtuvo la mayoría. Zambrano bostezó recostándose

en el asiento. «¿Qué pasaría si una propuesta del Consejo fuese rechazada?». Intentó imaginárselo, la interpretación sería que la ciudadanía no deseaba la intervención de las Delegaciones en el asunto y, sin ofrecer otras alternativas, el Gobierno permanecería ajeno a lo que sucediera después. Curiosamente, el No jamás alcanzaba la mayoría. No había ocurrido nunca en toda la historia del Archipiélago desde la creación del CO2, y el CO2 llevaba ahí desde el Pancratos, el origen de la sociedad. La institución siempre había asumido la función de gestionar la voluntad ciudadana, incluso antes de que existieran los medios modernos.

En cuanto a los votos adversos, claro que siempre había un porcentaje mínimo de negativas, constituían una seña anticultura, una moda. Todos aquellos polluelos revolucionarios vestidos con ropa negra de marca, cambiarían gustosos el voto si supieran que eran los causantes de un rechazo a un decreto gubernamental. Zambrano, antes, no se planteaba cuestiones como aquellas, ahora practicaba la mala costumbre de pensar demasiado. Estaba claro que los resultados de las votaciones no sufrían manipulación alguna, ¿para qué? Zambrano sabía que el ciudadano, manipulado por los medios y medroso ante las circunstancias, optaba por la respuesta más lógica: aceptar la única solución propuesta.

Zambrano nunca compartía estas ideas con nadie. Podría hacerlo —libertad de expresión, bla, bla y todo eso—, no obstante, algo en su cabeza anticipaba el rechazo y, en última instancia, los problemas. «Cuidado con los lobos con piel de cordero», farfulló otra vez esa maldita Voz, tensando a su anfitrión. Zambrano decidió relajarse, poco a poco la Voz cobraría fuerza, era inevitable, el alcohol no la silenciaba durante mucho tiempo. A pesar de todo, en un día de labor policial como aquel, acabaría necesitando las capacidades derivadas de aquella demencia, aun a su pesar.

Zambrano apoyó la cabeza en la mano y observó el Elíseo, centro administrativo y financiero del Eje. Si alguien de las Cuadernas (las islas e islotes periféricos) precisaba resolver gestiones de cierta importancia, debían trasladarse al Eje y dirigirse al Elíseo donde, entre otras cosas, se ubicaba la SEDECO (Sede Central del Consejo) y las distintas Delegaciones. Los edificios de piedra pulida, silueteados sobre el mar, abrigados por torretas y cúpulas, mostraban un abigarramiento de motivos marinos y escenas del Pancratos. Varios monoplazas adelantaron al suyo con un ondear magnético. Reflejos naranjas de una aurora que aún persistía acunaron a Zambrano, que comenzó a cabecear.

Supo que su compañera, Corcuera, le estaría esperando. Vivía en las afueras, aunque siempre llegaba antes que él. A Zambrano no le extrañaba, pasaba las noches de juerga en la ciudad y nunca despertaba en la misma cama, mucho menos en la suya propia.

Zambrano intentó evitar el sueño centrándose en el caso que acababa de caer en sus manos. El mensaje le remitía a aquella dirección y especificaba: «Otra personalidad muerta. Modus operandi similar a los anteriores. Cogedme a ese cabrón». Clay Dors, el intendente de la P.A.R, echaba humo porque su reputación estaba en entredicho. Con sus oscilaciones, la actividad criminal de primer grado en el Eje nunca había sido reseñable en las últimas décadas. Ahora que Dors ocupaba el puesto, surgían modas extrañas y niñatos antisistema, hackers de poca monta, disturbios y asesinatos en serie perpetrados contra ciudadanos respetables. Su cargo en la Intendencia pendía de un hilo.

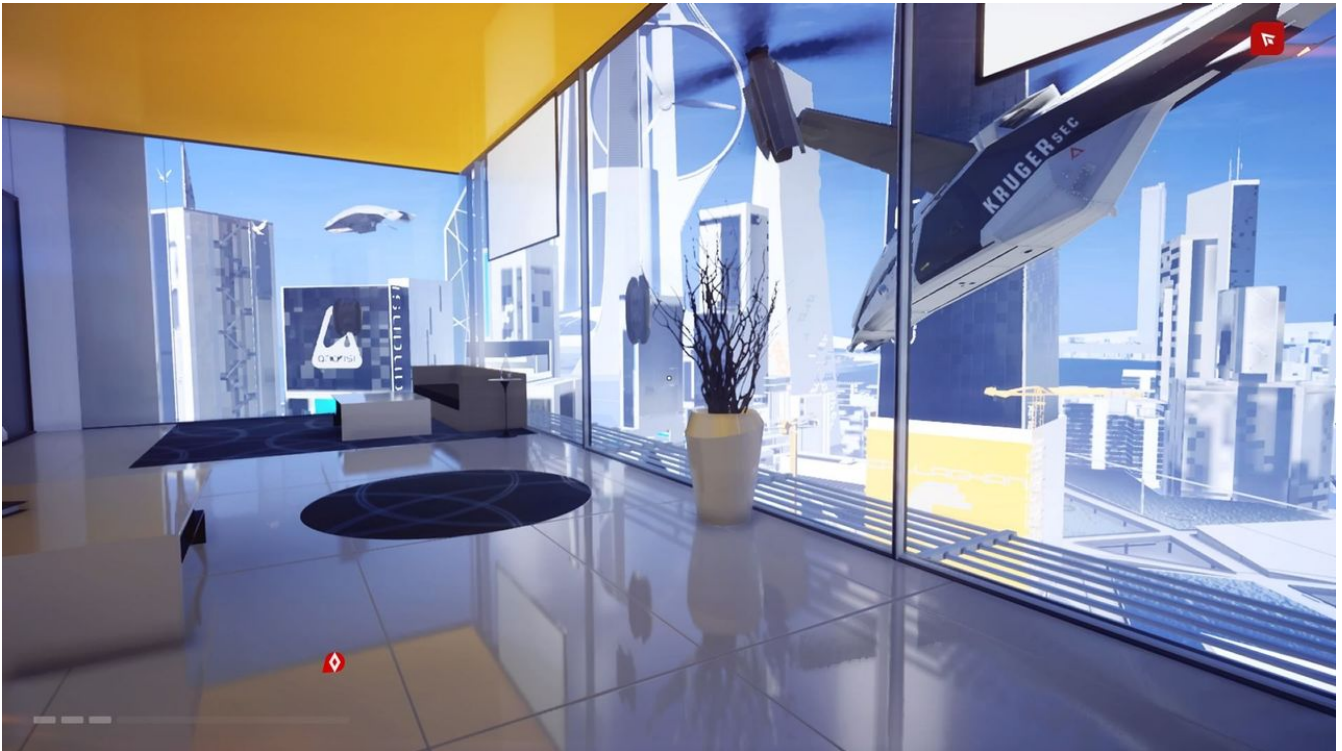
Todo apuntaba a un exterminio selectivo. Justo cuando acababa de ponerse al día en el caso que había *heredado*, surgía una nueva víctima. Seis meses atrás apareció la primera víctima, Zenón Mussell, vicedelegado de Urbanismo, y tres meses después, la segunda, Althusser Moore, ingeniero informático, rector del Instituto Contable. Humes Bosco, era la primera víctima que Zambrano investigaba personalmente. «Y notarán la diferencia», se prometió a sí mismo el detective.

La cabeza le dio un pellizco, y no por la resaca. A través de las ventanillas del monoplaza, rasgando el paisaje, líneas quebradizas se abrieron paso. «Aquí vuelve, la Telaraña siempre vuelve». Zambrano quiso cerrar los ojos, aún le costaba acostumbrarse. Vio rieles espesos y negros extendiéndose como tinta sobre la superficie de un pergamino. Venían de todas partes: edificios, monoplazas, embarcaciones... Vinculaban a las personas y a todo lo que estuviese en contacto con ellas, dirigiéndolas, impulsándolas como un caudal de lava. la Telaraña (Zambrano así la bautizó) era el otro indicio de esa locura que había conseguido mantener en secreto. A medida que el monoplaza alcanzaba el centro de la ciudad y dejaba atrás la zona residencial, la Telaraña se compactaba más y más. «Posee cierta belleza grotesca», pensó Zambrano.

«Quince minutos para alcanzar el destino seleccionado», anunció el asistente de conducción. La Telaraña palpitaba ahora tras un fino velo de realidad. «Quince minutos de sueños inconexos. Perfecto» se dijo Zambrano. Recostado en el asiento, cerró los ojos, ¿por qué resistirse?

Capítulo 5

PRIMERA PARTE: CAPÍTULO 3



El Instituto Técnico (I.T.) del CO2 era un rascacielos estrecho y acristalado de treinta plantas vestido de aluminio dorado. A lo largo de la estructura, varias antenas de emisión se disponían en terrazas semicirculares. El edificio estaba coronado con una enorme parabólica desplegable en cuatro paneles abombados con la que el CO2 emitía sus comunicados a todo el Archipiélago. Alrededor del cuerpo principal del complejo brotaban edificaciones achatadas e igual de funcionales. El I.T. del CO2 lucía como un melanoma radiante en un paisaje de fachadas ancestrales de granito, ocasionalmente salpicadas de monitores públicos. «Construido para un fin específico y evitando lo superfluo», pensó Zambrano al bajar del monoplaza. El vehículo, libre de ocupantes, condujo de forma automática hasta la zona de estacionamiento.

El crimen había tenido lugar en el Área Residencial donde vivían muchos de los trabajadores del I.T., Zambrano dedujo que dicha área se encontraría al otro lado del complejo. «Mirando al mar», pensó. Pudo ver a una unidad de vigilancia de la P.A.R charlando a la entrada del recinto exterior. El portal de acceso principal, así como el acceso de vehículos privados, estaban sellados, de tal modo que la pequeña entrada de servicio constituía el único acceso habilitado. La P.A.R. había establecido

allí un punto de control.

Control que, todo sea dicho, era sencillo, dado que los muros de contención de diez metros que rodeaban todo el perímetro, así como los dispositivos instalados en la parte superior, hacían de cualquier infiltración una idea peregrina. Si, por casualidad, algún intruso llegaba a lo alto de la muralla, recibiría una descarga como regalo de bienvenida. Además, trepar aquel muro resultaba imposible, ya que la superficie estaba perfectamente pulida y no poseía salientes que sirvieran de asidero.

Zambrano camino hasta la puerta de servicio.

—Ya ha comenzado la jornada laboral, señor —adujo uno de los agentes—. Tenemos órdenes de no dejar pasar a nadie más allá de la hora de fichaje.

—Lo sé —le respondió Zambrano.

Por supuesto, la investigación de la P.A.R. no iba a frenar la labor del I.T. Demasiado importante como para verse interrumpida, o eso creían los delegados del CO2. En opinión de Zambrano, eso demostraba poco juicio por su parte. Que el Instituto Técnico siguiera en activo solo complicaría la labor policial.

—¿Acaso vive en el área residencial o posee la acreditación de residente?
—le preguntaron los guardias.

—Poseo esta otra acreditación. —Arremangó el abrigo, retirando así mismo la manga del jersey. El tatuaje brillaba de forma intermitente dependiendo de la refracción de la luz del sol.

—Disculpe, detective. —El guarda sacó una máquina del tamaño de su mano de color negro, con una pantalla circular que digitalizó la marca de Zambrano y mostró sus datos, confirmando su rango. El otro agente, más joven, observó también la información de la máquina y, al ver su nombre, le preguntó:

—¿El detective Brandigan Zambrano? La detective Corcuera le espera desde hace un rato, me pidió que le acompañara al lugar de los hechos lo más rápido posible.

—Claro. —Le hizo un gesto educado para que tomara la delantera.

Pusieron rumbo al ala Este del edificio principal. Zambrano oyó ruido de cubertería.

—Que extraño —señaló—, creí que el área residencial estaría situada en el

ala Norte.

—Y lo está.

El joven agente enrojeció.

—La detective insistió en que le guiase a la escena del crimen, pero antes de subir me ha ordenado que le muestre donde está la cafetería.

—¿Y eso por qué?

El agente aceleró el paso.

—Asegura que solo usted sabe cómo le gusta el café. —Zambrano sonrió con cierto pesar—. También me obligó a preguntarle si lleva suelto.

Zambrano dio sorbos al café templado, tal como a él le gustaba. El de su compañera iba rodeado de un cartón, hirviendo, a su gusto. El ascensor solo funcionaba con el código de la tarjeta de residente y un escáner de retina. El Gerente del Área lo había reconfigurado para leer los identificadores de la P.A.R. Aunque el agente neófito que lo acompañaba no sabía mucho de lo acontecido, sí era observador. Mientras hacían el recorrido al ala Norte le indicó la ubicación de todos los sensores y cámaras.

El agente había oído decir al Gerente que los compartimentos integraban un dispositivo que sellaba las dependencias y corredores en caso de emergencia, dividiéndolos en secciones. «Sistema Antipolizones», pensó Zambrano.

—¿Incluso en el área residencial? —preguntó el detective a su acompañante. El guardia asintió.

El elevador abrió sus puertas dando paso a un pequeño recibidor. Para entrar en la vivienda el residente debía introducir otra contraseña, innecesaria en esos momentos, ya que la puerta del apartamento estaba entreabierta. Zambrano escuchó un murmullo de voces al otro lado. El agente que lo acompañaba se despidió con cortesía, retornando a su puesto.

El apartamento, amplio y apenas sin tabiques, consistía en un salón comedor decorado con buen gusto, separado del dormitorio por una

mampara multifunción de secciones cuadradas. Algunas de esas secciones eran de superficie espejada, en otras había encastrado un mueble bar que, en esos momentos, estaba siendo inspeccionado por los chicos del departamento forense, en otra se ubicaba una telestación y, en las restantes, varios armarios para el ajuar. Por el otro lado, supuso, la mampara poseía otras funciones más pertinentes a un dormitorio. La cocina, colorida y simétrica, también era objeto de registro.

Saludó al personal que precintaba los productos de limpieza e inspeccionaba condimentos. No avistó a Corcuera por ningún lado. Le preguntó por el cuerpo a un agente moreno que olisqueaba un frasco de nuez moscada y este le señaló la puerta del servicio.

—¿Y la agente Corcuera? —El agente señaló a la misma dependencia.

Zambrano dejó los cafés en la encimera y se dirigió a la puerta del servicio, entonces oyó ruido de agua corriente. Corcuera salió del servicio con expresión aliviada, topándose con el rostro reprobador de su compañero.

—Una urgencia —comentó sin más aquella mujer que le llevaba medio metro. La piel bronceada, el cabello corto engominado hacia atrás, sus manos fuertes, sus curvas de amazona, todo en ella indicaba fuerza y peligro. Sonrió divertida ante el escándalo de Zambrano.

—¡Oh, vamos!, lo hice en el bidé. La letrina está ocupada.

—¡No me lo puedo creer...! El cuerpo...

Corcuera asintió con sonrisa lobuna y comenzó a morder una de esas barras de regaliz negro que siempre guardaba en el gabán. Las cogía como si fueran auténticos puros habanos traídos de las Colonias.

—El cadáver... El retrete... Y tú vas y...

—Tranquilo, Tristán, no he comprometido el escenario del crimen —exageró la voz—. Te puedo asegurar que todo quedó tal cual estaba. Honda sacó fotos al llegar a la escena, cuando vuelva del receso haré que te las muestre.

El Doctor Honda Shoeki dirigía el Departamento Forense.

—Veamos que tenemos entre manos. —Zambrano no quiso discutir.

—Disculpa a nuestro anfitrión por su pequeña indisposición —se mofó Corcuera.

El espectáculo producía escalofríos. El cadáver amoratado y sin pantalones de un hombre joven y rollizo se encontraba escorado en el retrete. Aún conservaba parte de las posaderas en la tapa del váter. De sus glúteos teñidos de rojo salía una masa sanguinolenta que inundaba la taza. «Defecó sus propios intestinos», constató Zambrano.

—Te presento al Doctor Humes Bosco, Rector del Instituto Técnico —gritó Corcuera al otro lado de la puerta—. Se moría por conocerte.

Zambrano se quedó perplejo. Era mil veces peor que los otros dos homicidios. Supo de antemano que tampoco aquella vez hallarían huellas del asesino, al igual que había pasado con anterioridad.

La cabeza volvió a dolerle. la Telaraña oscura e invisible rodeó el cadáver y se deshilvanó en varias madejas, cuyos hilos se extendieron ignorando paredes y puertas. Los hilos estaban asociados a un curso de acciones que, concatenadas, conducían a ese momento. Cada hebra señalaba una incógnita que despejar, necesaria para recorrer el camino de vuelta atrás en los acontecimientos.

Todas las acciones tienen un desencadenante, un por qué. Los sucesos siguen patrones, las personas en sus comportamientos también. La mayoría de los seres humanos toman decisiones limitados por las circunstancias. A veces, la mente no dilucida otras opciones mejores, otras veces no tienen capacidad para cambiar lo que es preciso cambiar. Todo eso: patrones, normas, reglas, leyes y tendencias arquetípicas, alimentan a la Telaraña. Y por encima de todo, la rutina del día a día.

Suspiró. Aquello empezaba a ser una relación de amor-odio. Sus alucinaciones amenazaban su mente cuerda y, al mismo tiempo, le hacían el mejor en su trabajo. «Ahora yo estoy en el caso, asesino escurridizo, no te será tan fácil esta vez. Te atraparé».

Zambrano escuchó una voz temblorosa en el recibidor. Corcuera le informó de que se trataba del Gerente del Área Residencial.

—Ya he reconfigurado los escáneres —comentaba el Gerente a uno de los agentes—, pueden acceder a cualquier área común del complejo.

Una de las hebras negras se tensó, algún acto que conformaba la rutina de aquel hombre estaba directa o indirectamente relacionado con la víctima.

Corcuera, con los guantes puestos, inspeccionaba los grifos de la cocina en busca de residuos en los filtros del agua.

—Que requisen todos los medicamentos que encuentren —ordenó

Zambrano al pasar por su lado.

—Voy un paso por delante, están ahí empaquetados —repuso ella.

—Que los dejen ahí un momento, me gustaría echarles un vistazo.

Llegó junto al Gerente, que seguía informando a uno de los oficiales. Un hombre de cuarenta años de figura estilizada y movimientos pomposos que lucía un bigote rubio.

—Gracias, oficial —interrumpió Zambrano—. Yo continuaré desde aquí.

—El oficial inclinó la cabeza y salió por la puerta—. El Gerente del Área, si no me equivoco.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Bien, señor...

—Poline, Mijaíl Poline. —Marcaba bien las consonantes, sin duda oriundo de la Cuaderna Norte.

—Señor Poline, ¿le han tomado mis compañeros sus datos? Sí, sé que ha contestado ya a algunas preguntas, no obstante, ¿le importará que le formule unas cuantas más?

—Claro, detective.

—Dígame, señor Poline, ¿quién tiene acceso al apartamento?

—En principio el propietario y todos aquellos registrados en la base de datos como posibles invitados.

—¿Algún invitado registrado en la base de datos del señor Bosco?

—No, ninguno. Aparte del señor Bosco nadie más estaba autorizado por el sistema para acceder. Excepto el personal de mantenimiento o cualquier persona que, por supuesto, subiese en su compañía.

—¿Existe la posibilidad de otorgar acceso a los visitantes desde el apartamento?

—No, señor. Un pequeño inconveniente, pero mejora la seguridad. Por suerte no hay zaguanes comunes y el propietario puede recibir a las visitas cómodamente en el hall del Instituto para luego subir al recibidor.

—El Gerente se veía orgulloso de las medidas del área.

—¿Y qué me dice de los responsables de saneamiento y mantenimiento?

—Hay uno asignado a cada residente, disponen de hora y media para poner todo en orden. En cuanto al resto está todo automatizado: la asepsia de los retretes, el control de alimentos de la nevera... —De nuevo, orgulloso.

—Entiendo. ¿A qué hora pasaba el asistente del Dr. Bosco?

—Pues a mediodía, a la una, cuando aún disponía de uno.

Uno de los hilos tomó forma y, tensándose con un zing, advirtió a Zambrano de un dato relevante.

—¿Qué quiere decir?

—Hace medio año, más o menos, que el señor Bosco rechazó el servicio de asistente. Incluso dejó de usar el pedido digital al multimercado, cosa que no entiendo, a los que trabajan en las Delegaciones no les cuesta nada, el Gobierno les proporciona vales de dietas para la mayoría de los productos. Hace una década, con la crisis, hubiera sido un derroche, ahora se consideran ventajas asociadas al cargo...

—Señor Poline, céntrese. ¿Quiere decir que el Dr. Bosco compraba sus propios alimentos?

—Sí, que yo sepa.

—Paseaba hasta el multimercado y compraba provisiones, ¿con mucha frecuencia?

—Más o menos una vez por semana, por lo que pude comprobar apenas traía nada. Comía siempre en el restaurante del Instituto.

—¿Algún otro dato de interés?

—Detective, el Dr. Bosco residía aquí, comía aquí y trabajaba aquí. Vivía como un auténtico anacoreta.

—Si nadie, ni siquiera usted, tiene acceso a los escáneres de las dependencias privadas, ¿cómo pudo abrir la puerta estando el Dr. Bosco dentro?, ¿y cómo supieron lo que había sucedido en el interior del apartamento?

—Verá, detective, yo no estoy autorizado, excepto en situaciones de emergencia. —Ahora el orgullo rebosaba—. Antes lo estuve comentando con su gente, y lo han confirmado. Lo repetiré. Las dependencias del I.T. analizan el ritmo cardíaco de sus residentes, lo cual sirve para controlar el

nivel de temperatura si la opción de climatización está seleccionada y, también, para activar la alarma médica en casos extremos de inviabilidad biológica. En el caso del Dr. Bosco, la alarma sonó en la central del Instituto Técnico y, acto seguido, llamamos a la unidad sanitaria. El modo de alarma solo se activa con un ritmo biológico anormal o en ausencia de él, si el sistema no tiene constancia de que el residente ha abandonado el apartamento. Entonces, el escáner de retina del Gerente pasa a ser validado en las áreas residenciales señaladas y en las dependencias comunes. Así pudimos entrar en socorro del Dr. Bosco, pero llegamos demasiado tarde. Visto lo visto, decidimos avisar a las autoridades.

—¿Algún testigo que verifique lo ocurrido?

—Claro, por supuesto, todo el equipo de asistencia entró conmigo. Además, como le digo, el sistema es impenetrable.

—¿Algo más que quiera decirme sobre el Dr. Bosco?

—Yo no soy el guardián de nadie, detective, no me dedico a vigilarles todo el tiempo.

—Pero sí les graba, ¿cierto?

Poline asintió.

—Hay cámaras en todas las zonas comunes del I.T.; no así en las dependencias privadas, como es lógico.

—Así que, si el Doctor Bosco hubiera recibido una visita, este suceso habría quedado grabado por las cámaras.

—Sin duda.

—Me gustaría que pusiera a disposición de la P.A.R. las grabaciones de las últimas semanas.

—¡Hum...! Un archivo de datos bastante grande, imposible fragmentarlo. Hablamos de las grabaciones de tres años.

—Me las apañaré. Dígame —Zambrano señaló a la telestación del salón—, ¿estas telestaciones admiten directorios de memoria?

—Este modelo... Déjeme pensar. Viene instalada por defecto en las residencias de esta planta, por lo que, si el Dr. Bosco no trastocó sus funciones, debería poseer Comunicación Inalámbrica, acceso a Red de redes o, como dicen los más jóvenes: Red Puerto; y sí, si no recuerdo

mal, entrada para directorios.

—Bien. Por favor, bájeme esas grabaciones en un directorio, las veré aquí mismo.

—¿Aquí?

—Investigamos un asesinato, señor Poline, si puedo examinar una prueba, lo haré lo antes posible.

—Entiendo, muy profesional por su parte. Volveré en diez minutos. —Le sonrió de una forma curiosa.

—Aquí le espero —contestó Zambrano devolviéndole aquella mueca.

Zambrano hizo tiempo revisando los medicamentos del Dr. Bosco, aunque aquello era tarea del departamento forense. En un caso de ese calibre, tan vital para la Intendencia de la P.A.R., sería el propio Honda quien examinaría los fármacos debido a la extensa formación que tenía en toxicología.

No había nada destacable: ácido acetilsalicílico, antibióticos, un par de cajas de antiinflamatorios, algún antiácido... Lo típico en cualquier botiquín. También encontró un bote anaranjado de neurolépticos, «antipsicóticos». Sin recetar. Un alto cargo del I.T. los conseguía con facilidad. El bote estaba casi lleno, o habían sido adquiridos recientemente, o Bosco no había consumidos muchos.

Corcuera, con otra barra de regaliz en la boca, rebuscaba sin entusiasmo en los cajones.

—¿Ves algo interesante? —le preguntó sin interrumpir su registro.

—¿Posibles problemas psicóticos? —Le mostró los neurolépticos.

—Sí —coincidió ella señalando las cápsulas—, yo también las vi.

Un calambre humano de piernas cortas entró en la estancia como una exhalación.

—Bien, vengo a por el que será mi mejor amigo durante la próxima semana —comentó el recién llegado. Cuando hablaba movía la cabeza a sacudidas, como los pichones. Lucía unas gafas de pasta blancas que aumentaban sus ojos de manera casi cómica.

—De verdad, Honda, replantéate tu vida social —se mofó Corcuera. Honda

levantó la ceja.

—Hola, Brandigan —saludó el Doctor Shoeki—. ¿Viste el festival de vísceras? ¡En el retrete! Sin duda tenemos un ganador.

Por supuesto bromeaba, pero Honda le daba el mismo tono de hilaridad con el que recitaría la tabla periódica.

—Admito que he llegado en lo mejor de la película —bromeó Zambrano.

Honda Shoeki torció la boca, ¿sonreía? Sin mediar más palabras dio varias palmadas, agitó los brazos y, en segundos, sus chicos despejaron la zona de evidencias forenses mientras otros cuatro aparecían con una bolsa para cadáveres y se dirigían al cuarto de baño. No tardaron en llegar los gritos.

—¿Solo estas muestras?, ¿y qué pasará cuando les aplique los reactivos? ¡Necesito más!, ¡Para hoy, si no os importa!

—Viene de buen humor —señaló Zambrano.

Alguien entró en el apartamento.

—Detective Zambrano. —Poline estaba de vuelta. En sus manos traía una lámina rectangular de textura plástica—. Las grabaciones. Si quiere, le programaré la telestación.

—Me haría un gran favor.

Poline disimuló otra risa de las suyas y, con cierta turbación, salió del apartamento.

—Muy solícito, nuestro querido Mijaíl. —Corcuera se llevó las manos a las mejillas en un gesto fingido de rubor.

—Ya sabes, es por mi encanto natural —bromeó Zambrano, ajustándose la corbata.

—Y por el sombrero.

—Y por el sombrero —recalcó él.

Capítulo 6

PRIMERA PARTE: CAPÍTULO 4



Roald se agarró al saliente con la adrenalina bombeando en su corazón. Trepó por los respiraderos y esprintó, luego pegó un salto acrobático. Abajo en las calles, el gentío daba vueltas con movimiento errático, como partículas en efervescencia. Aterrizó en una azotea próxima y siguió corriendo. La brisa del mar abofeteaba el rostro bañado en sudor y le insuflaba nuevas energías. Se encaramó a una tubería, la abrazó con los muslos y se deslizó por el lateral del edificio, bajando dos pisos para alcanzar una techumbre cercana de menor altura. Acostumbrado como estaba al esfuerzo físico, Roald era capaz de divagar mientras ponía el cuerpo en piloto automático.

Desde su posición veía el puerto de la ciudad; allende del mar, divisó las islas de la Cuaderna Este y, encortinando el horizonte, una pared blanca y densa: la Bruma, el límite de lo habitable, solo mar y atmósfera irrespirable. ¿Cómo sería atravesar la Bruma y alcanzar el confín del mundo conocido?, ¿cómo sería salir del Archipiélago? «Ojalá pudiera llegar de un salto». La ley no permitía aproximarse a la Bruma, había varios puestos marítimos de seguridad en ruta para vigilar el cumplimiento de la ley a rajatabla, evitando así, muertes innecesarias. Lo más cercano a la Bruma eran las islas de las Colonias.

Roald emprendió camino hacia el puerto, sobrevolando el bulevar de Astilleros. Al pasar por la plaza del bulevar, contempló la última obra de la Delegación de Urbanismo y Aforo Público (UAP), un gran monolito conmemorativo del Pancratos, «como si no hubiera suficientes». Solo una de sus columnas estaba levantada gracias a un enorme cableado de acero y, al igual que los otros monolitos, tendría el tamaño de un rascacielos. Una vez terminado, el monumento ocuparía el diámetro de toda la plaza.

Al llegar al extremo del bulevar que daba al recinto portuario, Roald comenzó a trepar por la grúa torre que sostenía uno de los cables metálicos del monolito en construcción. Las vistas al mar lo cautivaron. El rubor del ocaso pincelaba el oleaje con un tono rosado de ensueño. En el puerto no había nadie faenando a aquellas horas y el rumor de las olas inundaba el lugar. Eslabón tras eslabón, alcanzó la cima de la grúa.

Roald siempre soñaba despierto con Las Colonias, las islas más cercanas a la Bruma y, por tanto, las más afectadas por su presencia. Según fuentes inciertas, estaban asediadas por tormentas marinas, el clima se mostraba rabioso, la fauna era salvaje y, como no, en ellas habitaban bestias horribles. Solo seleccionaban a los especialistas más preparados para asistir a los colonos en el desarrollo de las granjas hidropónicas automáticas, en las extracciones mineras y en los centros de investigación de las Colonias. Gracias a la milagrosa fertilidad de la que hacían gala, las Colonias exportaban suficientes recursos para todo el Archipiélago, cubriendo el sesenta y cinco por ciento de las necesidades de consumo de la población, los recursos restantes los aportaban las Cuadernas. La misma cercanía a la Bruma que las hacía peligrosas para un asentamiento estable, estimulaba la producción de materias primas y recursos alimenticios. «Es la única incógnita de este mundo», pensó Roald. Los investigadores de las Colonias eran tratados como héroes y al volver a sus hogares disfrutaban de ciertos privilegios por sus esfuerzos y las penurias sufridas.

Roald alcanzó la plataforma superior de la grúa, cerca de la cabina de control el aire soplaba más fuerte. Trepó a la cabina y recorrió el brazo de la grúa entre resuellos, andando despacio y dejando que el salitre y el pardo del cielo lo acompañasen.

«La Delegación Colonial será mi destino, accederé a cualquier logia que pueda ayudarme a ingresar en esa Delegación a través de cualquier especialidad, no me importa», ninguna especialidad le supondría un problema. Había muchas cosas por las que Roald sentía interés, al menos durante un tiempo, hasta que desentrañaba sus misterios y entonces comenzaba el aburrimiento. Roald poseía la capacidad de intuir el uso apropiado para cada objeto, un don más instintivo que racional, una comprensión espontánea. La Cadena Perlada era la culpable; así la llamaba: la Cadena Perlada, porque eso veía él, una cadena hecha de cuentas inmensas, como una gran tanza que enhebra perlas oscuras. «La cadena une a todo el mundo, los ata de pies y manos haciéndolos avanzar en la dirección que ella marca. Las cuentas acristaladas reflejan sus rostros, rostros sin voluntad». En cambio, Roald veía en esos reflejos el "cómo" de las cosas, la finalidad para la que eran creadas. «Todo tiene un motivo, un por qué. Medios y fines están interconectados y conforman un patrón lógico y la cadena se alimenta de eso, de patrones».

¿Podría alguna vez hablar de esas cosas con su tío?, nunca lo había intentado con su padre, Rutger, cuando aún vivía. Tomó asiento a descansar con las piernas balanceándose sobre el abismo, embargado por la tristeza. Echaba de menos a su padre, siempre repartiendo felicidad, con su llaneza y compasión características. En ocasiones, Roald creyó entrever síntomas en su padre tiznes de una locura similar a la suya, pero fueron falsas alarmas, lo que pasaba es que Rutger se estresaba con facilidad. «Solo un chalado por familia a la vez». Si se precisaba un sustituto para su madre, la reina de las excentricidades, ¿quién mejor que él mismo, su único hijo?

Volvió a pensar en el futuro académico. Ninguna logia pasaría por alto su capacidad para entender cualquier proceso y usar cualquier herramienta, por lo que le daba igual la rama formativa siempre que esta le condujera a la obtención del visado. La capacidad de dilucidar los entresijos de cualquier labor provocaba en él apatía; es descorazonador vivir sin retos, sin emociones, sin incógnitas a desvelar... «Solo hay un misterio digno de llamarse tal: la Bruma».

A nudos de distancia, la misteriosa niebla esbozaba muecas blancuzcas de suficiencia. «Hora de volver, pronto será el toque de queda». Se levantó. Apreciaba a su tío tal y como era, con esa mente suya tan cuadrículada y aquella visión limitada de la vida, no obstante, Roald creía que le faltaban aspiraciones, inquietudes... Le gustaba a solucionar entuertos, sí, necesitaba arreglar aquello que estaba roto; el orden y la seguridad, eso era lo suyo. Que trabajara para la Protección Armada era un claro indicio de esto, pero esos ideales significaron bien poco cuando llegó la hora de la verdad, cuando la rotura surgió en el seno de la propia familia. Zambrano se sintió impotente al respecto, no poder hacer nada supuso un duro golpe para él; para ambos, en realidad. «Ahora, sin embargo, el tío Bran ha cambiado. Todos cambiamos cuando te fuiste, papá; como tú cambiaste cuando mamá murió». Ella también era un bicho raro como el propio Roald. Él recordaba las tardes con su madre, nunca hacían cosas normales, como ir al parque o como ver la telestación. A Alicia Kleimz no le gustaban las telestaciones, las consideraba perjudiciales.

Roald vivió una vida electrónicamente austera, en cuanto a ocio se refiere. Eso sí, usaba terminales —no todas, solo las que su madre le proporcionaba— y jugaba con ellas de un modo muy peculiar. Su progenitora le traía a casa protocolos informáticos en los que había que traspasar medidas de seguridad ficticias o le mandaba descifrar contraseñas y anagramas. Como trabajaba de ingeniera, tenía acceso a todo tipo de planos que llevaba a casa para que su hijo los estudiase. Tumbado en la alfombra, con el estuche de lápices de colores, Roald les añadía piezas, actualizándolos, mientras su madre trabajaba en modelos de electrónica. De vez en cuando, ella se tumbaba al lado de Roald, preguntándole por sus progresos. Una buena estrategia para mantener a Roald ocupado y que no comenzara a trepar por las farolas del vecindario.

La Cadena Perlada rodeó a Roald. «Deja eso atrás. ¡Atrás!». Se levantó y reculó, al llegar al principio del brazo de la grúa, sonrió, dio media vuelta y sacó la tirolina desplegable que siempre llevaba consigo. Por abajo pasaban los cables metálicos que sostendrían el monumento al Pancratos.

«Es un suicidio, un suicidio», decía la voz; «¿qué más da?, si muero tampoco me perderé gran cosa», le respondió Roald. Echó a correr hasta llegar al final del brazo metálico y dio un salto precipitándose al vacío.

—¡Ahhhhh! —gritó.

Desplegó la tirolina en el aire, la ajustó al máximo y la ciñó al cable. Casi se disloca los hombros de la inercia, pero no le importó. La velocidad fue en aumento, la tirolina comenzó a chispear debido al rozamiento pues no tenía el mismo diámetro del cable. Roald vio llegar el final del trayecto. «¡Demasiada velocidad!», soltó la tirolina dejándose caer y, echando el peso del cuerpo hacia delante, dio una voltereta. La cabeza impactó de lleno contra una tapia.

Se frotó las sienes. «Todo en su sitio, imenuda suerte!», Roald esbozó una sonrisa dolorida, «siempre me dejo llevar». Ahora que ya no sufría los desmayos, debería procurar no sustituirlos por hemorragias internas. Se incorporó y, entonces lo vio. Sí, ya no sufría desmayos, aunque lo que estaba viendo en ese momento podría habérselos provocado.

En un póster desgastado adherido a la tapia, vio a aquel hombre. «Es ese artista tan popular, el tal Warden». Roald tuvo que admitir que sentía una patente atracción ideológica por ese sujeto desde la primera vez que lo vio en los medios. El cartel de la tapia anunciaba la reapertura de una exposición en la Gran Galería Central del Eje que había comenzado el mes pasado, mostrando tres de las colecciones del artista. «*Las mayores obras de Orwell Warden de forma permanente en arte de vanguardia*», pero lo que le puso los pelos de punta fue otra cosa. Orwell Warden lucía un tatuaje en la mano que asomaba por debajo uno de sus guantes, representaba una flor. «La flor favorita de mamá, un lirio —pensó Roald—. Reconozco ese diseño».

Roald retrocedió para ver el cartel en detalle. En el fondo de la fotografía, tras el artista, distinguió algunas de sus esculturas. Una de ellas representaba una figura femenina que alzaba el rostro mirando a algo inconcreto fuera del objetivo. Vio el semblante de la estatua y una sección del busto. Roald no conocía el nombre de aquella obra, aunque sí reconoció a la dueña de esas facciones: Alicia Kleimz, su madre.

Capítulo 7

PRIMERA PARTE: CAPÍTULO 5



—El señor Poline tiene razón, ni una visita. Hace dos semanas salió veinte minutos y volvió con una bolsa de la compra. En las otras grabaciones contempla el exterior desde el ventanal de la cafetería y, según veo, nadie entró ni salió del apartamento en los días anteriores al asesinato.

Zambrano aún revisaba las grabaciones. El cuerpo de Humes Bosco se encontraba de camino al depósito de cadáveres. Solo Corcuera, algún oficial despistado y el propio Zambrano permanecían en el apartamento a aquellas horas.

Corcuera finalizó la inspección de armarios y, tras otra ronda de cafés, decidió registrar más a fondo la cama de Bosco.

—¿Por qué no pruebas con las grabaciones del último mes, Tristón?

—Acabo de hacerlo.

—¿Y? —insistió Corcuera

—Nada.

—Aquí donde lo ves, nuestro amigo vivía como un verdadero ermitaño.

—Corcuera salió del dormitorio con un bufido de cansancio, apoyándose contra el marco de la puerta.

—Por lo que sabemos, tomaba neurolépticos —le recordó Zambrano—. Quizás Honda haya encontrado a estas alturas algún registro al respecto.

—No estaba bien de la azotea. Eso explicaría su insistencia en que no pusiera el pie aquí ni el fontanero —opinó Corcuera.

—¿Y si tan solo tenía miedo? —Zambrano lo había dicho sin pensar.

Uno de los hilos oscuros de la Telaraña, hasta entonces translucido, tomó cuerpo. «No voy desencaminado. Parece lo más lógico, dadas las circunstancias».

—¿Miedo a qué?

—Hubo otros asesinatos. Seguramente Bosco se enteró por los medios.

—Y creía que sería el siguiente. ¿Qué le haría sospechar tal cosa? -
—preguntó Corcuera.

—Las víctimas también ejercían altos cargos en las Delegaciones —le recordó Zambrano.

—Hay algo más que no acabamos ver. —Corcuera hizo una leve negación con la cabeza.

Zambrano coincidía con ella. Si las otras muertes conformaban la principal causa de la paranoia de Bosco, estaba claro que conocía de algún modo a las otras dos víctimas. Siguiendo esa línea deductiva, el doctor debía de estar al corriente del móvil de los otros asesinatos. «El doctor Bosco sabía que intentarían contra su vida por los mismos motivos», meditó Zambrano.

—¿Las víctimas tenían alguna relación entre sí? —le preguntó a Corcuera.

—Hasta el momento los chicos de la central no encontraron ninguna vinculación profesional entre Bosco y los demás fallecidos, y tampoco hay testigos ni pruebas de que mantuvieran una relación de carácter personal. Al menos no en el caso de Moore y Mussell. —Corcuera rebuscaba en las

estanterías con desánimo a pesar de que los otros agentes las habían registrado varias veces.

—Tenemos que encontrar una conexión entre ellos y Bosco. —Zambrano se sentó en el brazo del sofá que había en la salita.

—La central sigue en ello. —Corcuera dio un suspiro—. ¡Vaya, mira!
—Lanzó un par de libros que había encontrado en las estanterías al sofá, junto a Zambrano—. El doctor Bosco, un amante de lo paranormal. Raro para un "cerebrín", ¿eh?

Zambrano cogió los libros. Cubierta sencilla y ligera, como le gustaba al Consorcio Editorial. Todavía recordaba la época de los libros con tapas duras y no de aquella especie de laminado sintético.

—«Luces en la niebla». Estos bodrios revienta-cajeros venden como churros —gruñó Corcuera con mueca de desagrado—. Aquí hay otro, ¡uy!, Huellas sobre la espuma, ¡promete!

La portada estaba adosada a las tapas mediante un par de dobleces, la imagen representaba una estela de humo. Zambrano notó un abultamiento extraño bajo la cubierta al cogerlo con ambas manos, así que abrió la tapa y desenganchó la portada. Algo cayó sobre el sofá, un panfleto; no, una invitación a un evento.

«La inauguración de las obras Orwell Warden en la Galería Central del Eje». Zambrano no seguía mucho la vanguardia artística, pero conocía a Orwell Warden. Aquel mercachifle que creía ser un artista visionario había obtenido bastante influencia entre los jóvenes y en los medios de comunicación. Frases como «todo esto no es más que un sueño», «la excentricidad nos mantiene en guardia» y otras tonterías por el estilo, formaban parte ya de una seña de identidad revolucionaria a pequeña escala. Zambrano lo veía como una moda pasajera, aunque debía admitir que ya duraba demasiado.

«Esta invitación... Alguien tuvo que hacérsela llegar a Bosco, me pregunto quién».

—Corcuera, ¿tenemos a nuestra disposición el correo postal del doctor Bosco?

—No había ninguna carta, Tristán, ni registro alguno en la consigna de la residencia, poco correo digital. Lo estarán analizando en este momento, pero yo dudo que haya nada reseñable.

«Entonces, ¿cómo llegó la invitación a sus manos? Alguien debió dárselo en persona, ¿tal vez un mensajero?». Podría ser posible que, en una de sus escasas salidas, lo hubieran interceptado al ir al multimercado o en el

corto trayecto de vuelta.

Zambrano decidió probar suerte y miró la fecha de la invitación. La inauguración se había celebrado seis meses atrás, una semana antes de la muerte de Mussell, la primera víctima. Uno de los hilos de la Telaraña cimbreado. Corcuera lo miró.

—Conozco esa expresión, Tristán.

—¿Qué expresión?

—Esa misma. Tienes algo, ¿verdad?

Zambrano no contestó, cogió el control remoto y empezó a inspeccionar los días anteriores a la fecha que venía en la invitación. Corcuera cogió la invitación que su compañero aún sostenía.

—¿Estaba en el libro?

—Sí.

—La exposición permanente fue inaugurada un mes atrás —recordó Corcuera.

—Fue una reapertura, se produjeron percances arquitectónicos en la construcción del ala de vanguardia; hubo un accidente, un derrumbe, no sé si con heridos de gravedad, y tuvo que cerrarse durante unos meses. Salió en los diarios.

Zambrano no vio nada sospechoso en las grabaciones del día de la muerte de Mussell ni tampoco en los registros de los días anteriores. Corcuera lo observaba en silencio, comiendo regaliz.

—De nuevo lo mismo. —Señaló la pantalla—. Vuelve a salir al multimercado, como siempre, en veinte minutos estará de vuelta y...

—¡Espera!, mira ahí. La cámara once, ¡pantalla completa! —le instó Corcuera.

En la muralla exterior del complejo, alguien chocaba con el doctor Bosco. Llevaba una boina y una zamarra de piel vuelta para protegerse del frío de la época. Hubo una disculpa, fue tan solo un segundo, pero en ese momento Zambrano notó algo. El doctor Bosco lo miraba, paralizado, intentando reprimir la sorpresa, el extraño reiteró sus disculpas.

—¿Lo has visto?

—Sí, ha introducido algo en la bolsa del multimercado que lleva Bosco. La invitación, debemos suponer.

A pesar del cuello subido de la zamarra y el pelo largo, Zambrano reconoció el rostro, lo había visto en uno de los expedientes sobre el caso.

—Esa cara me suena —dijo Corcuera.

—Mussell, ¿verdad? Sus rasgos son inconfundibles.

—¿Intentó disfrazarse? —Corcuera alzó las cejas, burlona.

—No con mucho éxito, por lo que veo.

—Así que Mussell se topó de incógnito con Bosco y le dio esta invitación, no lo entiendo, ¿por qué ambos fingen no conocerse? —planteó Corcuera.

—Nuestros antecesores en el cuerpo llevaban dos años intentando relacionar de algún modo a las víctimas. Será mejor comprobar el expediente del caso Mussell, necesitamos saber si Bosco también entró en contacto con él o con alguna otra persona sospechosa —reflexionó Zambrano.

—Me encargaré al llegar a la central —respondió su compañera.

—Probablemente Moore y Mussell también se conocieran, aunque si no encontramos pruebas...

—¿Crees que habrán intentado ocultar la relación entre ellos? —Corcuera levantó una ceja.

—Quizás —coincidió Zambrano—. De todas maneras, aquí hay algo raro.

—Sí, mira qué chaqueta lleva —Corcuera señaló el vídeo—. Atuendo de raro.

—No hablo de eso. Mussell, sus labios... —susurró Zambrano.

—¿Necesitan hidratación? —bromeó ella—, ¿a qué te refieres, Tristán?

—Recuerda que sé leer los labios. —Una nota de orgullo tiñó la voz de Zambrano.

—Lo recuerdo, eso me salvó el culo aquella vez.

—«Todo esto no es más que un sueño, Bosco» —articuló Zambrano con

voz monocorde.

—¿Qué?

—Lo que ha dicho Mussell: «todo esto no es más que un sueño».

—Zambrano llevó una mano a la barbilla, pensativo.

Moore había muerto, Mussell y Bosco también, y una pieza más había aparecido en el tablero. Zambrano observó el retrato de la invitación. «Orwell Warden». La frase musitada por Mussell era una de las consignas habituales del artista. La Telaraña abrazó la foto como una corona de espino.

Roald entró por la ventana del cuarto de baño y salió al pasillo camino al dormitorio. Sacó una caja de latón de la tulipa de la lámpara, su escondite particular, y, de la caja, extrajo una cadena de plata con un colgante pequeño y discreto que representaba un lirio entreabierto. Alicia confeccionaba lirios con papiroflexia y, cuando firmaba un documento, también los garabatos de esa firma dibujaban un lirio. Era su flor favorita, una especie escasa en el Archipiélago. El tatuaje de Warden mostraba el mismo diseño que el colgante.

Recordaba a su madre en la playa llevando esa gargantilla. En verano iban mucho a la playa, pescaban cangrejos o recogían estrellas de mar, chapoteaban en los charcos y, luego, contemplaban el océano. Recordó una tarde en concreto en la que su madre, sentada en la orilla, miraba con atención un pequeño espejito de latón que siempre guardaba en el bolso.

—¿Qué miras mamá?

Alicia salió entonces de su estado de sopor.

—Miro... —y puso voz misteriosa—...al otro lado del espejo. —Roald se sentó en sus piernas y, cuando vio su reflejo, le preguntó algo decepcionado:

—¿Y qué hay allí? —Alicia río y abrazó a Roald.

—Bueno, ¿tú qué ves?

Unas voces lo hicieron reaccionar arrancándole de las garras de sus recuerdos. Roald había entrado tan precipitadamente que no había comprobado si había alguien en casa.

—¿Tío Bran? —Descartó esa opción, el tío Bran nunca volvía a casa tan temprano. A esas horas buscaba el consuelo del alcohol. Con toda probabilidad estaría en el local de Megara. Roald agradecía que al menos fuese capaz de meterse solo en cama cada noche. Al día siguiente ninguno de los dos comentaba nada al respecto, Bran afirmaba haber trabajado hasta tarde y Roald se esforzaba por creerle.

Escuchó las voces de nuevo y unos pasos acercándose. Devolvió la caja al escondite. Se trataba de Boaraz.

—Me figuraba que eras tú —le dijo a Roald.

—Boaraz, tu jornada finalizó hace una hora, ¿qué haces aquí?, ve a descansar.

—Me quedé a atender a estas señoras. —Boaraz señaló hacia el salón—. Aparecieron en la puerta e insistieron en que esperarían tu llegada.

Ambos se dirigieron al salón. Las visitantes eran dos mujeres trajeadas que llevaban un pañuelo al cuello, en las chaquetas lucían un extraño emblema bordado que representaba a una criatura salvaje: un gran gato con pelaje fosco y rojizo alrededor de la cabeza. Roald no pudo identificar el animal. El monstruoso gato llevaba una corona en la sien. Roald no sabía dónde había visto antes aquella insignia.

Al verle entrar las mujeres se levantaron de las butacas, una era un albaricoque pelirrojo y mofletudo, la otra una espiga rubia de trigo.

—¿Roald Kleimz? —interrogó la rubia famélica, él asintió.

—Soy Gwina —continuó—. Esta es Iriza, mi hermana. —Señaló a la robusta compañera—. Somos del comité de bienvenida y nos encargamos del ingreso de nuevos aspirantes en nuestra logia estudiantil, la fraternidad Regina Rubeus. —Estiró las comisuras de sus labios más allá de lo que supondría un gesto natural.

—Queremos saber si estarías interesado en incorporarte al terminar el periodo estival —añadió Iriza.

Roald reaccionó con desconcierto. Normalmente, uno se presentaba en la sede de las logias y solicitaba el acceso, no al revés.

—¿Cómo...?, yo no he mandado ninguna solicitud para la logia que

mencionan.

—No importa. —El semblante de Gwina adquirió cierta seriedad—. Roald, somos una logia muy especial. Seguimos de cerca las pruebas de aptitud periódicas de varios estudiantes notables y el recorrido que siguen a lo largo de su formación. Tu primera prueba fue algo tardía, no obstante, sorprendente. Demostraste conocimientos prácticos bastante destacables para tus, por entonces, once años.

—Y en el test del curso pasado, increíbles, tus niveles de percepción!, sabes resolver problemas con perspectiva. —Iriza hizo énfasis en la última palabra.

—¿Acaso soy objeto de acoso, señoras?, ¿debo preocuparme? —Roald frunció el ceño.

Boaraz miró a Roald de reojo.

—Seguimiento, querido Roald, un mero seguimiento. Piensa en nuestra oferta. Este dossier contiene todo lo que necesitas saber. Estamos, por qué no decirlo, muy interesados en ti. Entiendo que nuestra aparición tan poco protocolaria te cause desconcierto. —Gwina suavizó la voz.

—Somos conscientes de lo peculiar de esta situación —continuó Iriza—, nuestra logia no es una logia al uso. Nosotros formamos a los líderes del mañana, Roald.

—Por ello en todas las Delegaciones nos tienen en buena consideración, a pesar de nuestra reducida y selecta membresía. —Las dos rieron.

Él permaneció allí en silencio, con el dossier en la mano.

—Hora de retirarnos Gwina, dejemos que el muchacho tome algunas decisiones importantes sobre su futuro.

—Espero que acertadas, Iriza. —Rieron de nuevo.

Caminaron hacia la salida, Boaraz muy servicial, les abrió la puerta. Roald no se movió del sitio, dándoles la espalda.

—La Regina Rubeus... —Las dos mujeres lo miraron—. ¿Qué contactos posee con La Delegación Colonial?

—Ya veo —susurró Gwina—. Nuestros contactos con la Delegación de Inmigración los calificaría de sobresalientes. Léete el dossier, está todo ahí. Espero que nos volvamos a ver.

Salieron del apartamento. Boaraz cerró la puerta y se acercó a Roald con su petate al hombro y la sonrisa impoluta.

—¡Guau!, ¿qué vas a hacer, chaval?

Roald miraba el dossier.

—Lo que haga falta —contestó—, haré lo que haga falta.

Capítulo 8

PRIMERA PARTE: CAPÍTULO 6



En el local resonaba la melodía del piano, huérfano del saxofón. Las paredes negras lucían cortinajes rojo oscuro que dintelaban las mesas, separadas de forma muy íntima por pequeños biombos de mimbre. Aquella noche la clientela era modesta, pero lo suficientemente cuantiosa para que el murmullo de anécdotas acompañase la percusión de cuerdas. Zambrano, sentado en la barra de cristal ahumado, jugueteaba con el vaso de vidrio de color oliva. Bebió otro trago de forma ausente mientras movía el pie al compás de la música.

—Sírvenme otra de lo mismo, Ellah —le pidió a la camarera pecosa. Una mano frenó el avance de la muchacha hacia el estante de las bebidas espirituosas.

—Déjalo, Ellah, ya me encargo yo. —Otra mujer, unos años más joven que Zambrano, despachó a la camarera. Llevaba un vestido blanco y burdeos, con escote palabra de honor que dejaba entrever su piel ambarina y que terminaba en una falda de tubo. Poseía una constitución menuda, unas facciones de pómulos marcados y una mirada estrecha,

confiada. El cabello castaño, cortado a la altura de las orejas, le ocultaba con travesura el ojo izquierdo. No llevaba joyas y apenas usaba maquillaje. Los tacones blancos de aguja estilizaban sus medidas. Megara vestía con elegancia los colores insignia del local y se la distinguía sin problemas cuando pululaba entre el resto del personal, sudando como la que más, no en vano Megara era la dueña del único piano-bar del extrarradio.

Megara cogió la botella y una copa con hielos de camino a la barra. Vertió, en silencio, el licor negruzco en la copa que acababa de coger y retiró el vaso usado. Luego miró a Zambrano con detenimiento.

—Detective, ¿haciendo horas extras de nuevo?

—¿Qué tal va todo, Meg? —saludó Zambrano.

—No me tires de la lengua. El buen gusto agoniza en esta ciudad.

—Megara ejecutó un cansado ademán con la mano, abarcando sus alrededores.

—No hay mucho aforo —señaló Brandigan.

—Los fines de semana lo compensa, de todas maneras, temo que a la larga... —Megara recogió un mechón de pelo tras la oreja—. A la larga el negocio necesitará de otra vuelta de tuerca. —Se inclinó sobre la barra y cruzó ambas manos.

—Menos mal que cuentas conmigo para llenar las arcas —bromeó él.

—Créeme, prefiero prescindir de tu mecenazgo y saber que tienes tu vida bajo control.

—¿A qué te refieres?

—A que te veo demasiado por mi local, Bran.

—Megara, nos conocemos desde hace años. —Bran sonrió.

—Años de visitas esporádicas y refrescos carbonatados, en épocas en las que esto lucía muy distinto, épocas en las que servíamos desayunos y tortitas con nata. —La mirada de Megara viajó al pasado.

—Siempre recuerdo los buenos tiempos. Me gustaba venir a desayunar con Roald y Rutger los sábados.

—Y a mí que vinierais. —Megara ladeó la cabeza—. Yo también lo

recuerdo. Bran, pero no podemos vivir de recuerdos, deberías saberlo.

—Sigo sin entenderte. —Tomó otro trago, turbado. Junto con las alucinaciones, las barreras emocionales perdían fuerza. El "canto" de Megara lo dejaba indefenso.

—No te he dicho nada en los últimos meses, porque sé que todos necesitamos en algún momento un pequeño oasis de indulgencia lejos del dolor. No obstante, hay un límite Bran, y tú ya lo has cruzado.

—Megara...

—Saborea bien esta copa, porque será la última que tomes hoy. —Posó una mano en la cadera—. Rutger te diría lo mismo.

Zambrano bajó inmediatamente la cabeza, apretando los labios.

—Perdóname, Bran. —Megara le puso una mano en la mejilla—. Escúchame, lo que adorna mis estantes no ofrece el alivio que tú buscas.

«Si supieras la de cosas que alivia el contenido de esos estantes», pensó él.

—Me gusta que vengas aquí. —Megara le acarició la barbilla y alejó la mano —. Ojalá fuera por motivos distintos. —Le miró de reojo.

—A lo mejor es un compendio de motivos. —Sonrió—. Sírvenme otra, anda, Meg.

Megara dudó.

—La última ronda, y esta vez va en serio, luego a dormir la mona. —Acercó la botella, pero no vertió el contenido—. Las rondas de hoy van por cuenta de la casa; aun así, no te creas que te saldrán gratis.

—¿Ah no? —Zambrano observó sus labios.

—No —repuso Megara—, porque el próximo día vendrás aquí no para sentarte en la barra, sino para recogerme a la salida y llevarme al restaurante más abusivo que conozcas. Y sí —Megara levantó una ceja—, es una amenaza.

—Ojalá todas las amenazas que recibo fueran como esas.

Megara rellenó el vaso verde oliva y se alejó, haciéndole un gesto con la mano.

—Me alegro de verte, Bran. Tienes cinco minutos antes de que mis muchachos te echen a patadas.

—Siempre me ha sorprendido lo acogedor que es este local —soltó Zambrano, acabando la copa y cogiendo el abrigo.

FIN DEL EXTRACTO GRATUITO

¡Muchas gracias por leer!

Si os ha gustado el comienzo y queréis apoyarme, la novela al completo está disponible en AMAZON en EBOOK , TAPA BLANDA y KINDLE UNLIMITED.

LINK: <https://www.amazon.es/dp/B09TLYTNJX>